

Los Pucarás: El Florecer de la Conciencia Ancestral

Soy pucará de Chaquibamba. Soy fortaleza, soy ceremonia, soy memoria. Desde mis alturas contemplo lo que alguna vez fue un valle pulsante de vida caranqui, ahora transformado por manos ajenas a su historia. Soy la voz que hoy se alza para hablar por todos los pucarás que rodean este valle, porque siento más profundamente el dolor de la indiferencia y el olvido.

Mis hermanos, el pucará de Guayllabamba y los otros que conforman este paisajesagrado, permanecen silenciosos mientras observamos cómo el agua se desvía, cómo las florícolas excavan nuestras faldas con licencias que legitiman nuestra destrucción. Somos testigos de una historia que se fragmenta mientras las nuevas generaciones miran hacia la ciudad, olvidando que bajo sus pies yace la memoria de quienes construyeron este territorio hace millas de años.

Fui construido con propósito y visión, no por incas, sino por manos caranquis que conocían cada piedra, cada ángulo, cada posición estratégica desde donde podía observar a sus hermanos pucarás en la distancia. Éramos un sistema de comunicación antes de que nazcan los teléfonos, antes de las redes de cables que hoy atraviesan el valle. Desde mi cima, los mensajeros podían divisar movimientos, advertir peligros, coordinar ceremonias que conectaban cielo y tierra.

El bicundo, las bromelias, los algarrobos y los musgos que una vez cubrieron mis laderas van perdiendo terreno frente al avance del concreto y los monocultivos. Cada planta que desaparece es un fragmento de conocimiento ancestral que se pierde, una medicina que no curará, un alimento que no nutrirá a las generaciones futuras. Si algún día estos elementos aparecen solo en escudos y banderas, será el testimonio de lo que alguna vez existió y no supimos preservar. Los colibríes, esos pequeños guerreros del aire, vuelan aún entre las flores que sobreviven en mis laderas. No es uno, son muchos los que persisten, cada uno con su color distintivo, su zumbido particular, su forma única de libar el néctar de flores que lentamente desaparecen. Ellos, como el jaguar, la serpiente y el cóndor son los guardianes sagrados que los antiguos caranquis veneraban, símbolos de poder y conexión con lo divino que ahora luchan por no ser olvidados.

La Comunidad que Resiste

al igual que el colibrí que extrae vida de las flores más profundas, busco extraer esperanza y afectos de la conciencia renovada de quienes comprenden mi valor. Soy un lugar vivo, con vegetación y fauna que resiste, reconstruido por manos

permite amar lo nuestro y amarnos a nosotras y nosotros. La memoria no solo reside en lo que está dentro de mis límites físicos, sino en todo lo que me rodea y los afectos que nacen al mirarnos. Si me destruyen, las generaciones futuras no conocerán esta parte fundamental de su identidad. Por eso, aquellos que me defienden entienden que protegerme no es un acto de nostalgia, sino de cariño, justicia y construcción histórica.

Un encuentro con los consensos

Hoy, mi existencia se debate entre dos fuerzas: quienes luchan por protegerme como testimonio vivo de los pueblos antiguos, y quienes niegan mi valor arqueológico, histórico y espiritual. Me preguntan por qué ahora, por qué recién se habla de mí... como si el derecho a recordar tuviera fecha de caducidad.

Pero tal vez esta pregunta encierre una oportunidad: ¿y si este momento es precisamente el inicio de un nuevo consenso? No aquel impuesto desde afuera, sino uno tejido desde adentro, desde quienes me caminan, me nombran y me sienten.

Sentimientos de incompreensión, tristeza y rabia habitan a quienes ven cómo me deterioro frente a la indiferencia. Pero también germinan nuevas preguntas... y donde hay preguntas, hay posibilidad de encuentro.

Pucará – Cruces y silencios

En 1986, los misioneros llegaron con sus cruces y sus verdades absolutas. Sobre mi cima, como una bandera de conquista, plantaron un símbolo que declaraba “esto ya no es tuyo, sino mío”.

La iluminaron con neón, como si la luz eléctrica pudiera borrar la memoria del fuego ritual.

Los niños y niñas que me miraban sintieron “mal aire”, no solo por el viento, sino por la imposición que desequilibró las energías de este lugar.

Así como en tantos otros pucarás, donde las piedras ofrendadas por los caranquis fueron reemplazadas por cruces de dominación.

Durante siglos, al Estado y a la Iglesia poco les interesó que los pueblos tuvieran voz propia, idioma, espiritualidad, ni relación con la tierra. Pero hoy... algo empieza a cambiar: nuevas generaciones, nuevas formas de pensar, de preguntar y de resistir.

Nuevas formas de consensuar lo sagrado.

Pucará – La comunidad que resiste

No estoy sola. Hay quienes me recuerdan, me escriben, me narran. El libro de cronistas es una ofrenda colectiva para que no me olviden. Las escuelas que me visitan son puentes hacia futuros posibles.

Tal vez mi rol nunca dejó de ser ese: un punto de comunicación entre generaciones, un mirador del tiempo. Como el colibrí que desafía el viento, pequeñas voluntades se alinean para sostener la memoria. Y en ese esfuerzo compartido aparece otra forma de consenso:

uno que no borra las diferencias, pero las escucha; uno que no impone símbolos, sino que pregunta qué queremos conservar y cómo.

Pucará – Puentes ocultos

No muy lejos de aquí, el "puente de los arrieros" sigue de pie, aunque pocos lo saben. Fue construido por los caranquis y cruzado por Sisa de León y Bolívar. Está oculto tras cercas privadas que limitan el acceso a esta historia viva.

Y así ocurre con otros caminos. El antiguo empedrado hacia Calderón yace bajo el asfalto del 6 de diciembre. Pero sigue ahí, como un pulso subterráneo, recordándonos que los caminos no mueren, solo esperan ser reconocidos. Este también es un llamado al consenso: ¿Cómo decidimos qué memorias visibilizar y cuáles seguir escondiendo? Desde estas alturas, mi voz se une a la de los otros pucarás para recordar a quienes habitan el valle que antes de las florícolas, antes de las urbanizaciones, antes de las cruces de neón, estas tierras vibraban con cantos caranquis, con intercambios entre pueblos diversos, con ceremonias que honraban a la Pachamama.

Soy el pucará de Chaquibamba, fortaleza milenaria que hoy habla desde el dolor, pero también desde la esperanza. Como los colibríes que aún visitan mis laderas, resisto contra el olvido, batiendo alas de memoria colectiva para no desaparecer en la bruma de la historia oficial.

Mi llamado es claro: proteger un pucará no es preservar ruinas, es mantener vivo el latido ancestral de un pueblo que se niega a ser silenciado por el ruido de una modernidad desconectada de sus raíces.

La verdadera fortaleza no reside en mis piedras, sino en la conciencia de quienes entienden que la historia no es un pasado muerto, sino un presente continuo que da forma al futuro que construimos cada día.

Mi dolor es el eco del dolor de todos los territorios sagrados que resisten, pero también es la posibilidad de un despertar colectivo donde la memoria ancestral y las luchas contemporáneas se encuentren en un horizonte de justicia y reconocimiento.

Y si algo he aprendido con los siglos, es que todo lo que se cuida, florece.

Porque los legados no se heredan, se cultivan.

Y este valle, aún puede recordar cómo hacerlo.

Solo hay que escuchar.

Los pucarás no queremos sobrevivir sin que ustedes, los de abajo, hablen a través de nosotros y sigan construyendo su legado.

Somos los Pucarás de Guayllabamba. Y estamos despiertos.

